

TR. 16.6994

FA
7516

MEMORIAS

DE

88
PM 458
-3

UN MILITAR,

SACADAS DE UN LIBRO INEDITO

Y ARREGLADAS POR

DON JOSÉ PEREZ MORIS.



PUERTO-RICO.

Nueva Imprenta del "Boletin."

FORTALEZA, NÚM. 37.

1877.

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

CAPITULO XIX.

La toma de Cartagena.

El día 28 me encargó el general de la compañía de cazadores de mi regimiento, en tanto que yo permaneciese allí, pues no tenía más que un subteniente: el capitán y demás oficiales estaban enfermos en Ternera. Al tomar posesión de aquella compañía, noté que tenía sólo de 55 á 60 plazas: todos los demás soldados estaban en el hospital. Lo mismo acontecía con los otros cuerpos expedicionarios, la mitad de cuyo personal era víctima de atroces padecimientos físicos. El batallón que más gente tenía no pasaba de 400 á 500 plazas.

Comí varias veces con el general mi tío y el general Montalvo, nombrado virrey de Santa Fé, que acababa de llegar de la Habana.

El día 29 ordenóme el general en jefe pasase á reforzar el punto llamado Cospique, inmediato á la bahía, en donde no había más que una compañía de los negros de Morales, pertenecientes

al regimiento del Rey, que mandaba el capitán D. José Baussá. Allí nos mantuvimos observando los movimientos del enemigo que estaba posesionado de un fuerte ó reducto situado á orillas del muelle, junto al arsenal. Estaban en poder de los nuestros los castillos de la boca del puerto, lo cual nos daba la ventaja de poder hacer fuego á las piraguas que cruzaban la bahía.

El día 2 de diciembre llegó allí el general en jefe, seguido del general Enrile, comandante de ingenieros Irauli, los ayudantes, unos veinte húsares al mando del capitán Santander, y otros tantos artilleros, dirigidos por el oficial Ortega. Tratábase de situar allí el cuartel general, para proteger los buques que harían lo posible por forzar el puerto, á fin de hacer más efectivos sus fuegos sobre la plaza. Pero un movimiento del enemigo hizo innecesaria la realización de este proyecto.

A la siete de la mañana del día 4 notamos que unos 80 ó 90 insurgentes, sin duda para intentar hacerse de víveres, pues estaban muertos de hambre, salieron del reducto que teníamos delante y se internaron en el mangle. Estábamos sobre la azotea de una casa de Cospique tomando café con el general en jefe, cuando le avisaron de la avanzada, la operación del enemigo. Mi tío Enrile lo reconoció con su anteojo y dijo que no pasarían de cien hombres.

—Pues vaya á batirlos Sevilla, con su compañía, dijo Morillo. Es preciso hacerlos replegar á todo trance. Que Santander y Ortega monten á caballo y estén listos con su gente para proteger la operación si fuere necesario su apoyo.

Sin detenerme un minuto, dejé mi taza sobre:

la mesa, hice un saludo y bajé corriendo. El bizarro subteniente García, alarmado con la nueva, ya tenía formada la compañía.

—Compañía, dije, todo el cuartel general nos está mirando: hoy es un día de gloria para nosotros si sabemos portarnos con valor, ó día de baldon y ludibrio si no procedemos como dignos y esforzados adalides de la causa española.

—Aquí no hay uno que no esté dispuesto á dejarse hacer pedazos ántes que retroceder delante de su general, dijo el sargento primero, que era un veterano trigueño, de grandes bigotes y curtido por el sol de las campañas que había hecho con Morales.

Entónces dí las voces de mando y nos precipitamos como perros de presa por aquellos intransitables manglares.

El enemigo, desplegado en guerrilla, se mantenía firme haciéndonos un fuego nutrido y certero que dejó sin vida á un soldado é hirió á un sargento segundo.

—¡Calen bayoneta y á ellos! dije sin detenerme á recoger los que habían caído.

Al ver los insurgentes que bajábamos á toda carrera con ánimo decidido de trabar la lucha cuerpo á cuerpo, salieron de la emboscada y principiaron á pronunciarse en retirada hácia el fuerte, yéndoles nosotros á los alcances y cruzando con ellos los fuegos. Empero no penetraron en el reducto de donde habían salido, sino que continuaban hácia la plaza. Los soldados, ciegos de entusiasmo, trataron de hacer lo mismo.

—Alto, grité; es un lazo: tratan de acercarnos al punto donde estarán escondidos batallones enteros para destrozarnos. Nadie rebase el

fuerte. Vayan ocho hombres á reconocerlo, al mando del primero.

Ya firmes, el hombre de los bigotazos llamó por sus nombres á ocho números de los mas intrépidos y se acercó audazmente al fuerte, penetrando en él como Pedro por su casa.

— ¡ Bárbaros ! me dijo al oído el alférez, se han metido en la boca del lobo ; los van á hacer trizas.

Pero con sorpresa nuestra, vimos á los cinco minutos al primero asomarse por una tronera alta, haciéndonos señas de que nos acercásemos.

Corrimos al trote, entramos, y nos convencimos de que no quedaba un sólo defensor útil en el fuerte ; únicamente encontramos acostados en sus camas á una veintena de hombres lívidos y demacrados que estaban casi al espirar de necesidad. Observado que hubo el general Morillo que nos habíamos apoderado de la casa fuerte, mandó á los húsares á toda carrera, los cuales pasando como un relámpago por delante de nosotros, alcanzaron á la guerrilla enemiga, que iba en retirada, y la acosaron y diezmaron hasta la primera línea, de donde retrocedieron los nuestros á reunirse con nosotros.

Un cuarto de hora despues, se me presentó el ayudante Navas, con cuarenta hombres de refuerzo, mandados por un oficial negro, del Rey, diciéndome de órden del general, que nos hiciésemos firmes allí y que á todo trance sostuviésemos la posicion, cualquiera que fuese el número de los que nos atacasen. Yo dispuse que se estableciesen varios escuchas medio enterrados en la arena y ocultos por el ramaje que había del lado de la ciudad sitiada. El general

se retiró á las líneas, y al oscurecer, nos mandó porción de carne salada, galleta y queso de Flandes, lo que devoramos, pues nada habíamos comido en todo el dia, no sin ofrecer algunos pedazos á aquellos de los enemigos enfermos que podían tragar, que eran pocos y de estos, algunos murieron al probar el primer bocado.

El 5 de diciembre, á las diez de la mañana varios piquetes de nuestro ejército pasaron por delante de nosotros casi en desorden, tan apresurados iban, en direccion á la plaza. Por los detalles que recogí despues, y que apunté cuidadosamente en mi cartera, puedo referir lo que entónces pasó, que fué en verdad el suceso más extraño que haya podido ocurrir en una plaza de guerra tan fuerte como la de Cartagena de Indias, la primera sin duda de todas las del Nuevo Mundo.

La orden de acercarse aquellas escasas fuerzas con objeto de hacer un reconocimiento, se habia dado de repente para que no trascendiese la noticia á la plaza. Por eso varios de los soldados que vimos cruzar íban vestidos como de cuartel, llevando algunos los fusiles desarmados por estarlos limpiando cuando se les mandó salir, y los más sin haber cargado los suyos.

El teniente de húsares D. Andrés Jesus, que estaba de avanzada, observó que la puerta de la primera línea estaba abierta. Entónces mandó un húsar á avisar á las demas avanzadas lo que sucedia, á fin de que sin perder tiempo, se acercasen por el mismo camino á la plaza, y le ordenó que llegara hasta el cuartel general á darle parte verbal á Morillo de esta novedad. En seguida púsose en marcha al trote, con el resto de los húsares y tuvo la temeridad de entrar por la

puerta, en la que no encontró nadie que le opusiese resistencia. Al llegar á la segunda línea advirtió que corrían los sitiados á la muralla y se apercebían á defenderla, empezando por cerrar las grandes y oxidadas puertas con estrépito. El teniente, con imperturbable sangre fría á la vista de las mechas encendidas y preparadas para aplicarlas á los cañones, y los millares de fusiles que le apuntaban, á la vez que una voz de mando se le daba el *alto*, mandó tocar al corneta la señal de parlamento.

— Valerosos ciudadanos, gritó entónces el teniente Jesus, aplicándose las dos manos á la boca á guisa de bocina; valerosos ciudadanos, no os opongais á mi entrada; abridme las puertas con toda confianza, que vengo de paz á tratar asuntos tan convenientes á la ilustre república de Colombia, como al gobierno del Rey mi señor.

Inexplicable parece lo que sucedió; pero es un hecho que le abrieron las puertas.

El oficial penetró en la plaza repartiendo cuchilladas á diestro y siniestro sobre los que intentaban cerrarlas. Apénas hubo lucha, porque á los pocos minutos se presentó allí nuestra caballería y detras la infantería.

Los rebeldes estaban sin jefes: el titulado general en jefe, Bermudez, el mismo que habia huido de la Margarita, se habia fugado por la noche de Cartagena, llevando consigo todos los cabecillas principales (excepto al general Castillo) alguna tropa escogida y un rico botin. Nunca se pudo averiguar como logró que las tres goletas en que hizo esta operacion consiguiesen pasar á traves de nuestra escuadra sin ser vistas. Con esta evasión, que efectuó sin que lo supie-

ran sus partidarios hasta que se vieron solos sin general que los mandara y sin nadie que les proveyera de víveres de que tenían extrema necesidad, se comprende que se hubiese apoderado de ellos el desaliento y la confusión. Sólo así, hambrientos y comprometidos, fué posible que hubiesen dejado entrar al teniente Jesus en una plaza inexpugnable en que mil hombres pueden hacer frente á cien mil durante muchos meses.

Había pocos dias que fueran arrastrados por la ciudad y fusilados bárbaramente todos los prisioneros españoles que los insurgentes tenían en Cartagena. Todos creíamos que el castigo correspondería al crimen y á la obstinacion de los rebeldes. Pero nunca como en el momento de penetrar nuestro ejército en aquella ciudad contumaz, se vió más de bulto la magnanimidad española. Morillo había mandado sus oficiales de Estado mayor á prevenir á todos los jefes de cuerpo, que no se hiciese daño, ni se maltratase á vecino alguno, que no opusiese resistencia; únicamente debían de exigir la entrega de las armas bajo pena de muerte. No era menester esta amenaza para hacérselas entregar á los insurrectos de Cartagena, pues no podían con ellas; no eran hombres, sino esqueletos: hombres y mujeres, vivos retratos de la muerte, se agarraban á las paredes para andar sin caerse; tal era el hambre horrible que habían sufrido. Veintidos dias había que no comían otra cosa que cueros remojados en tanques de tenería. Mujeres que habían sido ricas y hermosas, hombres que pertenecían á lo más granado de aquel ántes opulento centro mercantil de ambos mundos, todos

aquellos sin distincion de sexos, ni de clases, que podian moverse, se precipitaban, empujándose y atropellándose, sobre nuestros soldados, no para combatirlos, sino para registrarles las mochilas, en busca de un mendrugo de pan ó de algunas galletas. Ante aquel espectáculo aterrador todos nuestros compatriotas se olvidaron de que aquellos eran los asesinos de sus compañeros, y no sólo les dieron cuantos artículos de comer llevaban sobre sí, los que devoraban con ansiedad aquellos desgraciados, cayendo muchos de ellos muertos así que habian tragado unas cuantas galletas, sino que se improvisó rancho para todos y sopas para los que no podian venir á buscarlas. Indescriptible es el estado en que encontramos á la rica Cartagena de Indias. El mal olor era insoportable, como que habia muchas casas llenas de cadáveres en putrefaccion.

Aquella noche la pasamos en la plaza. El grueso de nuestro ejército no entró hasta el siguiente dia, 6 de diciembre. El reducto que yo habia ocupado quedó con un sargento y 16 soldados.

Las armas que habia nos fueron entregadas sin dificultad. Pero los cañones, en número de más de mil, habian sido clavados y la pólvora derramada en los pozos y cisternas.

Yo me alojé con mi compañía en la casa de los Toledos, abandonada, donde se habia puesto preso al general insurgente Castillo, émulo de Bolívar. Yo me fuí con mi asistente el tío Pedro á la casa inmediata, cuyos patronos se comieron cuantos víveres llevaba aquel en el morral.

Lo primero que dispuso el general Morillo,

una vez en la plaza, fué que por la tropa y los pocos paisanos que pudiesen trabajar, se abriese una gran zanja y se enterrasen en ella aquellos montones de cadáveres que infestaban la poblacion. Muchas carretadas llenas de ellos se sacaron de las casas, depositándolos en la fosa comun. Pero por grande que fué el zanjon que se hizo, no pudo con tenerlos á todos y hubo que llevar muchos en piraguas, con piedras atadas al cuello para arrojarlos al mar. El cirujano mayor mandó poner una vasija en cada casa de donde se habian sacado muertos, con varios ingredientes de fumigacion para desinfectar aquellas habitaciones ántes espléndidas, y entónces tan asquerosas. La ciudad se cubrió con el humo que salía de aquellos sahumeros.

El dia 7 entró el resto de la tropa que habia estado guarneciendo los pueblos inmediatos.

La artillería se desclavó con mucha facilidad, cargando los cañones y dejando un reguero de pólvora hasta la boca, por la que se les daba fuego con un estopin, y al tener lugar la explosion, saltaba el clavo y quedaba útil la pieza.

Por una correspondencia sorprendida sabía el general Morillo que de un dia á otro se esperaba allí una gran remesa de provisiones de Jamaica y otros puntos, que los simpatizadores habian de traer á los insurgentes en buques veleros capaces de burlar el bloqueo. Dió, pues, órden á la escuadra, de acuerdo con Enrile, de que se conservase en su puesto, como si continuara el sitio, y que si se presentaba algun buque, fingiesen los nuestros que le daban caza, dejándole escapar hácia el puerto. Igualmente dispuso que se siguiese enarbolando en los castillos la bandera colombiana.

Este ardid produjo su efecto. Al tercer día penetraron en el puerto trece buques con once mil barriles de harina y una inmensidad de otros bastimentos, los que fueron confiscados por el general Enrile. Si, pues, hubiésemos tardado tres días en tomar la plaza, no se hubiera tomado nunca. No hay ejército que haga rendir á Cartagena, sino por hambre.

Cuando hubo transcurrido el tiempo necesario para suponer que ya las goletas rebeldes fugadas habrían hecho pública por todas las colonias la ocupacion de Cartagena, penetró la escuadra en el puerto, y se izó el pabellon nacional en los edificios públicos. No tardó mucho en saberse allí que unos cruceros nuestros habian apresado dos de las goletas que se habian escapado. Recuperamos, pues, gran parte de las riquezas robadas, entre ellas la valiosísima custodia que regalara Santa Fé á Cartagena, pero no pudo ser habida la goleta que conducia á Bermudez y sus cómplices.

Grandes sacrificios costó á España la toma de Cartagena. Desde que salió la expedicion de Puerto-Cabello, hasta el memorable 5 de diciembre, hubo en el ejército 1825 bajas de peninsulares y 1300 de soldados del país, total 3125 hombres, entre muertos de enfermedad, de bala, heridas y desertores. La mayor parte de las defunciones fueron causadas por las picadas de los mosquitos zancudos de las ciénegas, las cuales producian unas llagas gangrenosas en las piernas, que causaban la muerte si no se hacia muy pronto la amputacion de dichas extremidades. Tambien abundaron mucho entre los sitiadores las disenterías, escorbútcas,

CAPITULO XX.

En marcha.

Propúsome el general, estando comiendo el 15 de diciembre, me quedase en el ejército que iba á operar en el nuevo reino de Granada, ó bien que regresase á Carácas, si lo preferia.

Naturalmente opté por acompañar al ejército que se aprestaba á emprender una campaña ruda y difícil. En virtud de esta determinacion, fuí nombrado ayudante del cuartel maestro general.

A principios de febrero supimos las victorias que habian alcanzado algunas columnas nuestras que maniobraban en el reino de Santa Fé, habiendo cogido un batallón prisionero, formado en Jamaica, de mulatos y negros, con sus dos jefes, hijos del teniente de rey de Puerto-Rico.

Tambien supo Morillo que el coronel Calzada, despues de haber atravesado triunfante los llanos de Venezuela, esperaba se atacase por la

parte de Cartagena, para poner en grande aprieto á los insurgentes.

El 16 de febrero de 1816, púsose en marcha el ejército, y con él yo, montado en un magnífico caballo que me habia regalado el tío Pascual, y conduciendo mi equipaje en una mula que me habia dado el general en jefe.

Atravesamos los pueblos de Turbaco, Mahatés, San Cayetano, San Juan, el Cármen, Oveja, Monoa, Buenavista y Macagile. Al llegar á este punto el 27, sentimos tiros á orillas de Magdalena en la parte donde se une con el Cauca. Corrimos hácia allá varios ayudantes con algunos húsares y encontramos al Capitan Anizge, sus asistentes, el alcalde del pueblo y unos cuantos paisanos, que se tiroteaban con unos 40 ó 50 rebeldes que se habian apostado en la banda opuesta para estorbar el paso al cuartel general.

Temiendo que se apoderasen de las canoas, los nuestros no se habian atrevido á intentar el paso. Pero nosotros, á pesar de lo ancho y profundo del rio en su confluencia con el otro, nos embarcamos, llevando los caballos del diestro, sin hacer caso de las balas.

Al llegar, abrimos el fuego unos miétras otros montaban. Los insurgentes emprendieron la fuga, no sin recibir algunas cuchilladas de los húsares, que alcanzaron á algunos.

El dia 28, marchando hácia Talaigua, entre seis y siete de la mañana, el coronel Santa Cruz, un cabo, cuatro húsares y yo, que íbamos delante, observamos que de una quebrada, á mano derecha, salía humo.

Nos dirigimos á dicho punto, y, ocultos por el ramaje, percibimos á cinco insurgentes: tres

descuartizaban un cabrito, y dos dormían como lirones. Avanzamos sobre ellos, cogiendo á estos últimos y á uno de los despiertos, que hizo resistencia apuntándonos con su fusil, por lo que fué muerto por el cabo.

Volvimos á reunirnos con nuestro cuerpo, llevando con nosotros á los dos prisioneros.

El 29 llegamos á la ciudad de Mompox, poética poblacion que está situada en una isla que forman los dos brazos del rio Magdalena. Todos aquellos contornos estaban infestados de insurrectos. La division no podia continuar más sin limpiar el terreno, por lo que resolvió el general en jefe fijar allí su residencia durante unos cuantos dias, para distribuir convenientemente sus columnas, á fin de dejar los caminos, que estaban interceptados, abiertos hasta Ocaña, como así se verificó, gracias á la buena direccion de los generales, á la pericia de los jefes y al valor de los soldados.

Habia en Mompox, una espléndida y grandiosa casa, mejor dicho, un palacio, morada de la marquesa de Santa María, donde fué alojado el general Morillo, con su cuartel general y la oficialidad toda.

La marquesa era una de esas mujeres varoniles, que llama la atencion por su garbo y hermosura. Joven todavia, pues le mismo podría tener treinta que cuarenta años, habia quedado viuda y dueña de una fortuna inmensa.

No pocos oficiales, cuando venian de sus oficinas ó de tirar balazos á los cocodrilos del rio, á sentarse á la mesa, con la desenvoltura propia de su oficio, solían clavar sus ojos exploradores en los negros y rasgados de aquella millonaria, que podia sacar á uno de trabajos. Pero ella se

mostraba altiva é inabordable. Al general en jefe lo trataba como una reina á uno de sus súbditos.

Con nosotros iba un cadete del regimiento de Granada, jóven tímido, pero muy buen mozo. La opulenta huéspedea le echaba á veces unas miradillas disimuladas, que todo el mundo notó ménos el interesado, que era tal vez el único á quien nunca se le habia pasado por la imaginacion dirigirla una galantería.

El 17 de marzo, al despedirse el general de aquella dama, pues partíamos á la mañana siguiente, la hizo mil ofrecimientos y le manifestó de una manera expresiva su gratitud, por la generosa hospitalidad que le habíamos merecido.

— Eso no vale nada, general, le contestó ella; pero ya que V. se muestra tan galante, voy á aceptar sus servicios pidiéndole á V. un favor.

— ¡Cómo! seré yo tan feliz, marquesa, que pueda servirla de algo?

— Si señor, y mi súplica le va á parecer á V. extraña. Para no sufrir un desaire, que me sería bochornoso y sensible, despues de formular mi peticion, necesito que V. me prometa acceder á ella de antemano.

— Está concedida, señora: tiene V. mi palabra.

— Pues dé V. la licencia absoluta al cadete N. Morillo quedó desconcertado.

— Pues qué, marquesa, le preguntó despues de una pausa, ¿lo necesita V. para mayordomo?

— Lo necesito para marido, dijo con la mayor frescura la gallarda huéspedea.

— Señora marquesa, interpuso el comandante de húsares D. Manuel Villavicencio, le supli-

co no se burle de ese pobre muchacho : es mi amigo y me está recomendado por su padre.

— No me burlo, caballero ; y la prueba es que le invito á V. á que sea uestro padrino de casamiento esta misma noche.

— ¡ Pues no parecía bobo el mozo que con tal sigilo hizo tan envidiable conquista ! exclamó Morillo, medio vuelto de su asombro.

— Está V. equivocado, general, rectificó la dama. Ni me ha escrito, ni me ha dicho una palabra. Pero hace dias que á mi me ha entrado el capricho de casarme con él, y todo lo he preparado en secreto, para despedirles á VV. con la agradable sorpresa de una buda.

— ¿ Y si él no consiente ? preguntó Villavicencio.

— No se me habia ocurrido todavía que ningún hombre pudiera hacerme la injuria de rechazar una mano que á muchos, en mejor posición que ese, he negado. Pero llámele V. y saldremos de dudas.

Villavicencio salió, y á los cinco minutos volvió con el cadete. Este, que sin duda habia sido informado de todo por su protector, estaba colorado como una amapola. El, parecía la niña y ella el hombre.

— Joven, le dijo la marquesa, le he elegido á V. para esposo mio.

El general está pronto á darle á V. la licencia absoluta y Villavicencio á servirnos de padrino esta misma noche. ¿ Le conviene á V. el negocio ? sí ó no : no me gusta gastar el tiempo en amoríos. Ya pasó esa época para mí.

— Señora, balbuceó el favorecido, se me figura que estoy soñando. Tanta felicidad para mí me parece imposible.

— General, estamos arreglados. Extienda V. la licencia é invite V. á todo el mundo á la boda, sin omitir á los soldados, para los que haré poner mesa aparte.

En efecto, aquella noche tuvieron lugar sus nupcias. La marquesa tiró la casa por la ventana. Entre otros magníficos regalos que hizo, dió doscientos caballos de sus haciendas del valle de Opar al comandante Villavicencio, para la remonta de sus húsares.

El 18 por la mañana continuamos nuestra marcha, habiendo tardado 7 dias en llegar á Ocaña, pintoresca villa, situada á cinco leguas de Barranquilla. Pulólaban por sus alrededores varias partidas de rebeldes que el brigadier Morales destruyó en pocos dias con sus valientes compañías del batallon del Rey, compuestas de aquellos zambos temibles, que habían inmortalizado á Boves. Dicho Sr. Morales habia cogido prisioneros á los dos hermanos Caraballo, el uno cerca de Mompox, que falleció en el camino, de disentería, y el otro llamado Fernando, que habia sido gobernador de Ocaña y el alma de las citadas partidas insurgentes, fué juzgado y pasado por las armas en la misma villa.

Allí supimos la memorable batalla de Cachirí, ganada por la columna de cazadores expedicionarios, al mando de D. Matías Escuté, por el batallon de Numancia, de que era comandante D. José Tolrá y por algunas otras tropas. Mandó esta accion como jefe superior el coronel Calzada. No sé si el cálculo ó la casualidad hizo que se reunieran todas aquellas fuerzas en el punto en que tan brillante victoria alcanzaron. El caso fué que poco ántes del combate se habian encontrado allí marchando el primero há-

cia nosotros y el otro en sentido inverso, como que venia de Venezuela para Cartagena. El enemigo tenia sobre cinco mil hombres, bajo la direccion del general Rovira los cuales se hicieron fuertes á favor de varios parapetos en un cerro inaccesible que tenia mas de una legua de pendiente, y estaba además protegido por el rio Cachirí. La segunda compañía de Numancia, primera que penetró en la trinchera exterior, fué pasada á cuchillo; pero Calzada, poniéndose delante de las demas, que vacilaron un tanto.

— Muchachos, gritó, á vengar la muerte de nuestros compañeros; y aquella reducida division se precipitó como un rayo dentro de los parapetos, y cara á cara, hierro á hierro, hicieron huir al enemigo, que fué destrozado en su fuga por nuestra escasa caballería, quedando las márgenes del rio, la altura y la cuesta cubiertas de cadáveres.

Casi al mismo tiempo el brigadier la Torre se apoderaba de la provincia de Tunja, y corriéndose hácia el Socorro, habia tomado el mando de la division que se acababa de cubrir de gloria en Cachirí, y que acorralaba al enemigo hácia el Puerto-Real.

Como el general Morillo se ocupaba en esperar el resultado de las operaciones que habia hecho emprender sobre el Chocó, le fué forzoso detenerse en Ocaña más tiempo del conveniente. A fines de abril resolvió dividir en dos partes el cuartel general, para poder atravesar mejor aquellas extensas soledades, que se extienden entre Ocaña y Santa Fé, por cuyos accidentados senderos no habian pasado hasta entónces más que las fieras y algun llanero audaz.

En efecto, el 30 me puse en marcha, forman-

do parte del primer grupo, que se componía de unos ochenta hombres, entre infantería, caballería y asistentes. Ibaños á las órdenes del teniente coronel de ingenieros, Gayuso, los ayudantes Avilés, Caparrós, Rufino y yo : tambien nos acompañaba el asesor general del ejército. El último pueblo que habíamos de ver en muchos dias era el de la Cruz, á siete leguas de Ocaña ; pero, privados de guías, nos extraviamos, y aunque habiamos salido á las seis de la mañana, no pudimos llegar hasta las dos de la madrugada siguiente ; y eso por la casualidad de haber oido el ladrido de un perro en medio de los bosques en que vagábamos. Ya en la Cruz, lo primero que hicimos ántes de saciar nuestro apetito, que era mucho, fué apoderarnos á la fuerza de un paisano que nos guiase por el vasto desierto en que íbamos á internarnos.

Tres horas no más descansamos. A las cinco ya estábamos en camino y á las seis de la tarde llegábamos á un punto por donde corría un arroyo. Los páramos que se presentaban á nuestra vista eran imponentes. Ni árboles, ni yerba para los caballos, nos ofrecía aquel suelo calcinado. Afortunadamente llevábamos maiz para los caballos y comestibles para nosotros. La lluvia caía á torrentes : para guarecernos de ella plantamos nuestras tiendas : comimos de fiambre, pues no era posible encender fuego, y dormimos apretados como sardinas. A las cuatro de la mañana nuestro guía empezó á llamarnos á voces.

— ¿ Qué pasa ? preguntó el jefe.

— Que si no se ponen VV. inmediatamente en camino, no llegarán al único sitio en que hay agua con que beber y cocinar. Cada jornada

tiene su punto de descanso, que no se puede cambiar sin exponerse á pasar mucha sed.

Puesta en movimiento nuestra caravana, cruzamos sierras interminables, caminos resbalosos, zanjas profundas que habia abierto el agua; y en todo esto no veíamos vegetacion, ni señal alguna de vida; solo el silencio y la nada reinaba en aquel desierto, inconmensurable que parecía un mar petrificado. El 2 acampamos en un punto llamado Paico. Allí, como en los dias siguientes, clavamos nuestras tiendas en una eminencia; los asistentes construyeron un bohío, gracias á un bosquecillo que habia, oasis muy raro en aquellos páramos: despues encendieron candela para hacernos un mal rancho. Por la mañana al proyectarse el sol sobre nuestras tiendas, extendíase la sombra de nuestras ambulantes habitaciones, dándoles el aspecto pintoresco de una caravana árabe. El 5 no conseguimos llegar al punto determinado por el guía, y pernoctamos en un sitio llamado Ramirez, donde no habia más agua que la que pudimos recoger con cucharas en las pisadas de caballo, de la cual bebimos é hicimos unas sopas de galleta.

Pero á una legua de allí tuvimos el placer de encontrar una casita vieja, abandonada, de barro y madera, que nos pareció un palacio de hadas en aquellas alturas. Los caballos estaban desfallecidos, nosotros muertos de fatiga: era preciso descansar y resolvimos quedarnos allí unos dias.

Pero el dia 9 á eso de las diez, oímos una gritería salvaje, que habría parecido de fieras, á no ser por algunos tiros que la acompañaban, y cuyos proyectiles chocaban contra el edificio

que nos servía de albergue. Descuidados como estábamos en nuestras ocupaciones de campamento, y viéndonos sorprendidos, nos lanzamos en confusión á las armas, cogiendo cada oficial un fusil y otros tantos soldados un sable, y hasta hubo quien, no hallando á mano otra cosa, se armó con el hacha de cortar la leña. Abrimos las ventanas para hacer fuego, y vimos que el enemigo en número de más de cien hombres trataba de apoderarse de nosotros, como ya lo habia hecho de dos soldados que habían quedado distantes, á quienes habian degollado en el acto.

Rompimos un fuego nutrido que los contuvo en su avance, pero no retrocedieron.

— Entregaos, nos gritaban, ó sois muertos.

Les contestamos redoblando el fuego: pero ellos eran más en número que nosotros, y tenían cartuchos; á nosotros se nos estaban agotando los nuestros. Segun iba aflojando nuestro fuego, iban los insurrectos acercándose y tratando de rodearnos. La resistencia no podia durar: pero entregarnos equivalía al suicidio.

¿Qué hacer? Deliberamos un momento los jefes y oficiales. Todos convinimos en que no nos quedaba otro recurso, faltos de municiones como estábamos, que emprender la retirada, abandonando caballos y equipajes y llevando cada uno encima los víveres que pudiera.

De pronto los rebeldes detuvieron un poco el fuego: despues nos hicieron una descarga cerrada y volvieron la espalda empezando á trepar más que de prisa por la cuesta de que habian bajado.

¿Cómo se había verificado aquel milagro?

Pronto nos los explicamos: nos llegaba un

un esfuerzo de treinta á cuarenta zapadores y unos quince artilleros, á las órdenes del comandante general de ingenieros Irauli y del mayor, Arce, quienes, habiendo oído los tiros desde medio día, apresuraron el paso. Excusado es manifestar que recibimos con los brazos abiertos á nuestros libertadores. Se conoce que aquella partida era bisoña cuando no nos causó más que la muerte de dos hombres, tres caballos y una mula, pudiendo lo ménos habernos dejado á pié.

Aquella misma noche habian dormido y pasado el día en el camino dos cargas de dinero en oro por haberse muerto las bestias que las traian é ir las demás cargadas de lo mismo y de otras cosas aun más necesarias que el metálico. La columna que nos auxilió no habia podido recoger aquellos caudales, por la prisa con que venia y la escasez de caballerías; pero retrocedió el comisario Martínez, con una escolta á recoger los fondos y no pudo regresar hasta las seis de la mañana del día 10. No teniendo modo de llevar dicho dinero, se repartieron dos pagas adelantadas á la tropa para devolverlas si el general en jefe así lo disponia, y el resto se distribuyó entre los jefes y oficiales, bajo la misma condicion. A las ocho de la mañana, continuamos nuestra marcha sin poder adelantar más que cuatro leguas: dormimos al pié del gran páramo de Cachirí, en un sitio llamado el Carbon, donde construimos á toda prisa un rancho para guarecernos del insoportable frío que hacía. La helada ventisca que soplabá, impidió á nuestros ateridos asistentes hacer la comida.

El 11 empezamos á trepar el gran páramo, en medio de una densa neblina que impedía que se viera un hombre á diez pasos de dis-

tancia. A uno y otro lado del sendero que seguíamos, había unos precipios espantosos. Por ellos lanzábamos á cada momento los caballos muertos que, en número de unos 60, encontramos interceptándonos el paso. Una mula de un hojalatéro que se había unido con nosotros, para instalarse en Santa Fé, se despeñó con todos los chismes que llevaba, haciendo mucho ruido, con harto sentimiento de aquel infeliz que con el animal perdió cuanto poseía.

A las tres de la tarde descendíamos ya de aquellas altísimas cordilleras cuyas cumbres desde léjos parecen tocar al cielo. Entónces se presentó en lontananza ante nosotros el rio de Cachirí. Hora y media despues estábamos en el sitio famoso en que había tenido lugar la batalla. Dos casitas, en que nos alojamos, estaban acribilladas á balazos. El hedor que exhalaban los insepultos cadáveres, que yacían á montones en derredor, era insoportable. El 12 por la mañana empezamos á trepar la empinada cuesta en que estaban los parapetos. La márgen del rio, la extensa pendiente y el llano, todo aquel terreno escabroso que tardamos casi todo el dia en atravesar, estaba cubierto de muertos en putrefaccion, de caballos en el mismo estado, y de prendas de un ejército destrozado. Las aves de rapiña cerníanse ominosas sobre aquel cementerio al descubierto. ¡ Oh cuántas madres, cuántas esposas tendrían arrojados, como perros, en aquel campo á los pedazos de su amor ! ¡ Felices los pueblos que no han sido visitados por esa calamidad que se llama guerra ! ¡ Desgraciados aquellos en donde esta furia impera !

El 13 ya un ambiente más puro, más balsámico, vino á reanimar nuestros pechos.

Era que llegábamos al extremo de la montaña, gigantesca derivación de los Andes. A nuestra vista desde aquella empinada altura extendíase una comarca llana y fértil, tierra de promisión, que había catorce días que, peregrinos en aquel áspero desierto, buscábamos con afán. Pasamos la noche en el miserable pueblo de Cacota de la Matanza, donde encontramos ya algunos comestibles y habitantes. El 14 de mayo, emprendimos la bajada, que tenía seis leguas, y pernoctamos en una hacienda abandonada, llamada "Corral de las piedras." A la mañana siguiente tuvimos que atravesar el Torrente del Corregidor en *taravitas*. Las *taravitas* son unas canastas de cuero, á guisa de baulles, del tamaño de un baño, pendientes de unos ganchos de madera que se deslizan de una banda á otra, sobre unos cables paralelos, también de cuero, que están fijos en los dos lados de los rios invadables por lo profundos, é impetuosos y por la altura de los barrancos. Esto explicado, el pasajero se mete en aquella especie de cuna: un hombre le dá un fuerte empujon y la *taravita* corre con espantable velocidad hasta el centro del rio, parando en el punto en que se forma el seno de los cables, y quedando á una altura de la superficie del rio, que rara vez es menor de cincuenta varas. Entónces si el pasajero echa una mirada al abismo en que mujen las aguas como fieras que aullan por tragarse su víctima, corre grave riesgo de sufrir un desvanecimiento de cabeza y caer: lo mejor es mirar siempre hácia arriba. Una vez en el medio, otro hombre que está en el barranco opuesto, tira de una cuerda y se verifica la ascension con tanta lentitud como rápido fué el descenso. Llegado á la otra

banda, queda ya el transeunte en salvamento. Por este medio, más propio para monos que para seres humanos, tuvimos que pasar el río dos á dos, y luego los equipajes y bagaje. Los caballos fueron pasados á nado. Para esta operación escogimos nadadores consumados, que se tiraban al río á caballo, en pelo, y que venian á salir una milla más abajo, no sin perder algunos animales. Tanto nos detuvo este paso penoso, que sólo cuatro leguas pudimos hacer en la jornada del 15.

Pernoctamos en Bucaramanga donde se nos auxilió con algunos bagajes. El 16 entramos en el magnífico valle del mismo nombre, el cual ofrecia al fatigado viajero del desierto un espectáculo poético y conmovedor. En efecto, el contraste era demasiado brusco para que hasta el más rudo soldado, el más insensible á las bellas escenas de la naturaleza, no sintiese la poesía que aquella feracísima comarca respiraba. El valle era tan vasto que no se le veian otros límites que el cielo azul que se posaba en el horizonte. Hermosas casitas blancas, cuyas chimeneas despedian un humo diáfano y ligero, que se perdía en el espacio como el incienso de cien familias felices que se elevara al Empíreo, verdes campiñas cultivadas en lontananza, infinidad de ganados pastando, varios labriegos siguiendo el tardo caminar de los bueyes, multitud de personas de ambos sexos pintorescamente vestidas mirándonos desde las cumbres de sus colinas ó desde las puertas ó balcones de sus casas, no sin recelo, de que fuésemos á perturbar sus tranquilos hogares: árboles gigantescos ostentándose en todo su lujo primaveral; este era el cuadro grandioso que contemplábamos.

La tea abrasadora de la guerra civil, con su cortejo de asesinatos, desolaciones, violacion y saqueos, no habia posado su destructora planta en el valle, dichoso hasta entónces, de Bucaramanga.

El jefe que nos mandaba, despues de haber recorrido con la vista aquel bellissimo panorama, nos reunió en un grupo, y como si hubiésemos penetrado en un templo, nos dijo :

— Aunque no es menester hacer esta clase de recomendaciones á honrados soldados españoles, no estará de más que os advierta, que no he de consentir que nadie dirija una palabra atrevida á una mujer, que nadie se acerque á ninguna de estas felices familias sin mi permiso, que nadie toque ni una fruta, ni un ave casera. Quiero que en ningun tiempo pueda decirse, por culpa mia, que el ejército español haya ultrajado, ni vejado, ni expropiado á un solo americano que viva en paz, dedicado á sus tareas cotidianas. Si algun dia desaparece este oásis á impulsos de la revolucion, como han desaparecido otros muchos, caiga sobre la conciencia de los ingratos que han perturbado estos países privilegiados toda la responsabilidad ; no sobre la nuestra, que tenemos la mision de devolver la paz á las infortunadas comarcas que, por la ambicion de algunos de sus hijos, han perdido.

Era realmente inútil esta hidalga advertencia. Aquel valle nos recordaba á todos nuestra niñez tranquila y nos inspiraba respeto la misma felicidad de sus moradores.

Dormimos aquella noche en el bonito pueblo de Pié de Cuesta, donde nos alojaron muy bien sus habitantes, restaurando nuestras fuerzas con una excelente cena, llegando el lujo con

que se nos trató hasta el extremo de proporcionarnos una cama á cada uno, comodidad que no habíamos disfrutado desde nuestra salida de Ocaña.

El 18 anduvimos cinco leguas, habiéndonos reunido en la hacienda la Laja con el general en jefe, que llegó allí ya de noche.

Proseguimos todo el cuartel general, pernociando el 19 en San Gil, el 20 en la ciudad del Socorro, el 21 en Guadalupe y el 22 en San Benito.

Aquí, á las once de la noche, sentimos ruido de tropa, por lo que oficiales y asistentes nos presentamos al general, que estaba durmiendo.

Aquella alarma la habia causado la llegada de D. José Filminalla, gobernador del Socorro, que venía con una columnita volante de tropa del país. Inmediatamente se presentó á D. Pablo Morillo.

— Mi general, le dijo, el pueblo de Vélez se ha sublevado por no pagar la contribucion. El escribano ha armado una partida que capitanea.

Le aconsejo á V. E. no pase de aquí, hasta que se le incorporen más fuerzas.

Morillo, que estaba de malísimo humor por la interrupcion de su sueño, contestó restregándose los ojos :

— Para batir paisanos me sobra con la fuerza que tengo. Pase V. allá con sus cuarenta hombres que yo mandaré un gobernador que los arregle.

Teniente coronel D. Manuel Carmona, añadiéndole á éste, le nombro á V. gobernador de Vélez, con la condicion de que ha de pasar V. á cuchillo á todo el que se resista á reconocer la autoridad del Rey. Llévase V. á So-

villa por ayudante interino y á un sargento con doce artilleros : ¡ á caballo, pues, y vivo ! . Mañana á las siete seguiré yo mi viaje . Conque retírense VV. que me voy á dormir .

Pocas horas despues emprendíamos la marcha . Teníamos que andar siete leguas para llegar á Vélez . En el camino nos advirtió un labrador que el escribano, no habiendo conseguido sublevar la villa, habia atacado con su partida la hacienda del alcalde dándole á éste de palos . A esta finca nos dirigimos, pero así que nos vieron, echaron á correr los rebeldes, en direccion á Vélez . No eran más que diez y siete . Al entrar nosotros en el pueblo, precedidos del alcalde, todos los habitantes se fugaron atropelladamente al campo : las campanas tocaban á rebato . Los facciosos se habían refugiado en la iglesia, y tuvieron la audacia de hacernos fuego desde el campanario, causándonos dos heridos . No siendo posible subir á la torre, por estar las puertas cerradas, mandó Carmona que circunvaláramos el edificio y que no quemásemos mas pólvora .

— Ellos se entregarán ó morirán de hambre, dijo ; ó, en todo caso, pondremos fuego á la iglesia .

Viendo los vecinos que no eran ellos sino los rebeldes nuestro objetivo, se fueron presentando en nuestra ayuda armados los más de estacas . Carmona los recibió muy bien y les confió la guardia de las boca-calles para impedir que el escribano tomase de noche las de Villadiego . En efecto, él y los de su partida, salieron juntos y precipitadamente lanzándose por una calle que conducía á una cuesta y luégo á una quebrada . Los perseguimos nosotros y los atacó el

paisanaje ; sólo cinco lograron fugarse. El escribano murió de un bayonetazo, otro de un tiro, y á un tercero le tumbó Fulminalla el brazo con el sable. Los demás, heridos levemente y apaleados por el pueblo, fueron conducidos codo con codo á la cárcel. Así concluyó aquel motin.

El resto de las gentes que se habian huido tornaron en seguida á sus hogares.

Yo me retiré con mi sargento y artilleros á reincorporarme en Boaté con el general en jefe, con quien me reuní el 25. Dos dias habia que el general recibia allí grandes demostraciones de afecto y adhesion por parte de los Ayuntamientos y vecinos que le obsequiaban á porfia.

El dia 26 anduvimos siete leguas hasta el hermoso pueblo de Zipaguira, donde dieron á S. E. un gran baile, en el cual á cada momento las damas mandaban parar la música para recitar versos en honor de Morillo y de su ejército expedicionario. No se ocultaba á aquel jefe, pues no faltó quien se lo advirtiera, que muchas de aquellas ninfas habian hecho lo mismo con los generales rebeldes. Así es que el general se escamó un tanto, y más cuando supo que en Santa Fé de Bogotá, donde tanto ludibrio y escarnio se habia hecho con otros generales españoles que tenian motivos para ser más estimados que él, se intentaba recibirle con una ovacion sin precedente en los fastos de la historia de aquel vereinato.

—¿Porqué á mí me demostrarán tantas simpatías como odio manifestaron contra Amar y otros de mi jerarquía? preguntó á un jefe viejo en el país, muy admirador de Morales.

— Es muy sencillo, mi general, le contestó; aquellos no tenían á su disposicion tantas bayonetas como V.

— Pues esta vez se van á dar chasco, replicó Morillo. Rechazaré todas esas hipócritas manifestaciones hijas del miedo y de la servil adulacion.

— Hará V. muy bien, mi general. No hace veinte dias que entré yo á viva fuerza en esa ciudad infiel con la division que mandaba el brigadier la Torre. En ninguna parte se nos ha combatido con mayor encono, ni con saña más pertinaz. Mandaba, como V. sabe, á los rebeldes el francés Servier. Pues bien, mi general, tuvimos que ganar calle por calle, casa por casa, á punta de lanza. No habia casa ni tienda desde donde no se nos hiciera fuego. Húsares hubo que tuvieron que hacer saltar sus caballos por encima de los mostradores para acallar los fuegos que de los establecimientos salían. Ni un solo bogotano se puso á nuestro lado, ni una dama siquiera de las pocas que vimos dejó de darnos pruebas de su rencor. Si ahora le adulan á V. mienten villanamente.

Al siguiente dia emprendimos nuestra marcha para Santa Fé. El general dispuso que el ejército le siguiese como á una legua de distancia; se puso un leviton que le cubria todo el cuerpo y parte de la cabeza: un ancho sombrero de paja sin insignia alguna le acababa casi de ocultar el rostro: montó en un caballo comun, y acompañado del general Enrile, su mayordomo y un ordenanza de caballería, se puso en marcha para la capital del reino neogranadino, que estaba cerca. Yo seguia en la vanguardia del ejército. Antes de andar una legua,

se encontró ya con una brillante cabalgata de señoras, lujosamente ataviadas, y caballeros, en fin con familias principales á caballo y en coches. Una buena música acompañaba á dicha numerosa y lucida comitiva. Al ver á aquellos cuatro hombres, las amazonas y sus acompañantes, hicieron parar la música y los detuvieron. Una de las señoras, que venia delante en un magnífico caballo blanco, fué la primera que tomó la palabra obligando á hacer graciosas cabriolas á su corcel de pura raza andaluza.

— Caballeros, dijo con voz dulce y armoniosa, fijando en Morillo sus grandes ojos negros, salud al victorioso ejército pacificador de Tierra-firme. Esta comision de señoras y señoritas de la nobleza bogotana, que tengo el honor de presidir, así como la de caballeros que nos sigue, queremos saludar y felicitar al invicto general Morillo. ¿Nos podrán VV. decir donde hallaremos á S. E. ?

El aludido recorrió con la vista aquella brillante pléyade de hermosas mujeres, gallardamente montadas sobre ricos palafrenes, y despues de una breve pausa contestó :

— Gracias, señoras y caballeros, por las frases lisonjeras que, por boca tan linda, acabais de prodigar al valeroso ejército de que formamos parte. Pero el general en jefe . . . viene atras ; y haciéndoles una cortés pero fria señal de despedida con la mano, continuó su camino.

— ¿ Dónde está el general Morillo ? le preguntaban sucesivamente los jinetes que iba encontrando al paso.

— Atras viene, contestaba S. E. invariablemente.

A la entrada de la ciudad y en la calle que

había de recorrer para llegar á su habitacion, encontró multitud de arcos triunfales y carros con comparsas, y banderas españolas; y flores, cortinas de damasco on todos los edificios, y señales del mayor entusiasmo y acendrado españolismo.

El general permaneció impasible ante tan ruidosas manifestaciones. Morales le hubiera dado un abrazo si hubiese ido con él.

— ¿Cuál es la casa destinada á Morillo? preguntó á un grupo, y habiendo obtenido las señas que solicitaba, se dirigió á ella y se encerró sin saludar á nadie.

Pronto llegaron á nosotros las cabalgatas.

— ¿Dónde está el general Morillo? exclamaban.

— Va delante. Ya debe estar en la ciudad, contestó un coronel, quitándose la gorra, correspondiendo al saludo de las amazonas.

— Sí será aquel hombre del leviton.... dijo una rubia. Y retrocedieron por donde habían venido.

Pronto penetramos en aquella ciudad que parecia un ascua de oro.

En breve circuló el rumor de que el general estaba en su casa y que había desairado el recibimiento que se le tenía preparado. Muchos objetaban que no podía ser, puesto que él había admitido análogos obsequios en otras poblaciones cercanas.

Para salir de dudas, se formó una comision que fuese á ver si realmente era Morillo el hombre del leviton.

El general la recibió muy cortésmente vestido de gran uniforme.

— Señores, les dijo, no extrañen VV. mi pro-

cedar. Un general español no puede asociarse á la alegría, fingida ó verdadera, de una capital, en cuyas calles temia yo que resbalase mi caballo en la sangre, fresca aún, de los soldados de S. M., que en ellas hace pocos dias cayeron á impulsos del plomo traidor de los insurgentes parapetados en vuestras casas.

Aquella respuesta, que pronto se hizo pública, agió por entónces la fiesta.

A los dos dias el general se trasladó al palacio de los vireyes.

